

El velorio de Opa

Fui yo quien escuchó las últimas palabras de Opa antes de morir. No creo que merezco haber sido yo. Ma era la que le daba de comer y le lavaba los genitales y le trataba las escaras que le salían en la espalda y en las piernas. Ella dice que fue la más pegada a él de sus tres hijos. Ella le contaba sus secretos y él también, dice ella, le confiaba los de él. Opa fue más pegado a sus otros nietos. En cambio yo, nunca fui particularmente cariñosa con él.

A veces, cuando me quedaba a dormir, me subía a la cama mientras Oma se bañaba y Opa veía el béisbol. Recostaba mi cabeza sobre su pecho y me quedaba mirando sus pies cruzados. Incluso con sus medias blancas se veían chuecos. Ma dice que los pies de Opa eran igualitos a los de ella, solo que los de Opa eran más chuecos porque le apretaban las botas de niño y no tenía cómo comprarse otras. Yo escuchaba el *tun, tun... tun, tun* de su corazón, sus costillas tibias y sólidas bajo el algodón desgastado de su franela, y me preguntaba si yo recordaría ese sonido después de que Opa muriera. Él era la persona más vieja que conocía.

El día de su velorio, el Opa en el ataúd no se parecía a Opa. Nunca me di cuenta que tenía las pestañas tan rubias. También tenía los labios prensados, como si estuviera incómodo en vez de sonriendo. Ma dice que los de la funeraria se los pegaron.

Me pregunto cómo hicieron para cerrarle la boca. Cuando llegamos a casa de Oma, Opa tenía la boca abierta, como si hubiera muerto bostezando. Una mosca sobrevolaba la cama. Me preocupaba que se le metiera a Opa en la boca si no estábamos atentos, que se quedara atascada en su garganta. Tía Ilde le cerró los ojos, los cuales Opa tenía fijados en la pared, y trató de cerrarle la boca, pero no pudo. Luego lo intentó la vecina cuando vino a rezarle un rosario. Le puso una mano en la cabeza y la otra en la quijada pero la mandíbula de Opa no cerró.

Me pareció osado de su parte—casi de mala educación. Si Opa estuviera vivo, ella no se hubiera atrevido a ponerle una mano encima. Opa fue un hombre imponente.

Cuando Ma y Pa se iban de viaje y me quedaba en casa de Oma y Opa, Opa era quien me despertaba para ir al colegio. Antes de que sonara mi despertador, escuchaba sus pantuflas de cuero sobre las baldosas del pasillo. Cuando la puerta del cuarto se abría con un chirrido, yo cerraba los ojos, haciéndome la dormida. Opa se iba, dejando la puerta entreabierta. Me volvía a dormir hasta que escuchaba el tintineo de las monedas en el bolsillo de su pantalón y sabía que se había vestido. Si me atrevía a abrir los ojos, veía a Opa en el marco de la puerta, mirándome con impaciencia, con furia, casi que con pánico. Alzaba su muñeca y le pegaba al vidrio del reloj con su dedo índice—*clic, clic, clic*. Si no me levantaba, iba a buscar a Oma, quien entraba en dormilona. Oma me tomaba de las manos y me guiaba hasta el baño, donde colocaba mis manos bajo agua fría, lo cual, decía ella, me ayudaría a levantarme.

No sé por qué Opa no pasaba del marco de la puerta—por qué no se sentaba junto a mi en la cama y tomaba mis manos como lo hacía Oma. Y yo odiaba que de igual manera llegáramos temprano al colegio, quince, veinte minutos antes de que sonara la campana, lo que me dejaba deambulando por los pasillos vacíos como una *loser*. Ma dice que Opa era así—nervioso y excesivamente puntual—por la guerra. Opa emigró a Venezuela después de la Segunda Guerra con una astilla de bomba en la canilla. Tenía doce años y no sabía hablar español.

—¿Te imaginas?—me preguntaba Ma. —¿Llegar a un país y no saber hablar el idioma?

Pero se me hacía difícil imaginarlo. Lo que sí me imaginaba era a Opa, de niño, pintando postes de luz en la carretera. Oma me dijo que un alemán contrató a Opa y a otros muchachos alemanes que no sabían hablar español. Una madrugada llegó el general Marcos Pérez Jiménez en persona. No había salido el sol cuando el general les preguntó—Muchachos, ¿tienen frío?—y

les dio a cada uno un sorbo de brandy de su termo. Me imagino a Opa sonriendo bajo el poste de luz, orgulloso de que el general lo había tratado como un hombre.

La mañana que Opa murió, me despertó el sonido del suiche de luz del pasillo. Vi a Ma bajo el marco de la puerta—una sombra en contraluz.

—Nina—dijo Ma y entró al cuarto con sus pantuflas, abrazando su bata. El colchón se dobló bajo su peso cuando se sentó junto a mí.

—Se murió Opa—me dijo y me abrazó. Lloró brevemente contra mi hombro. Traté de sentarme y abrazarla pero Ma se enderezó y se compuso nuevamente.

—¿Vamos a ayudar a Oma?

Al pensar en Oma, sentí pánico. Había visto cómo Oma apretaba los labios al ver lo mucho que le costaba a Opa subir las escaleras y cómo apartaba la vista. Oma se negaba a salir de casa, queriendo estar ahí cuando llegara el momento. Pensé que Oma sentiría alivio que el momento finalmente había llegado pero cuando dos hombres subieron las escaleras de su casa con una camilla y metieron a Opa en una bolsa de cuero negra y cerraron el cierre como si Opa fuera un traje, Oma empezó a gritar. *¡Se lo llevan! ¡Me lo están quitando!* Me aferré a su cintura y le dije, “Él ya no está aquí, Oma. Él está descansando. Finalmente descansó,” lo que para mí era código para, *ya puedes descansar tú también, Oma. Ya puedes salir y venir a mis partidos de tenis e ir al cine con nosotros y tomar café en nuestra casa*, pero mis palabras no la consolaron.

Cuando la gente nos abrazaba y nos decía que Opa era un “hombre bueno,” no podía evitar preguntarme si sabían: si sabían que Opa manejó con una botella de cerveza entre las piernas el día que conoció a Oma, y que después de casarse jugaba dominó y fumaba con sus amigos en el walking closet y que al día siguiente Oma se tenía que poner de rodillas a restregar

la alfombra para ver si salía la cerveza y tenía que volver a lavar toda esa ropa con olor a humo. Tía Ilde me dijo que un día Oma encontró manchas de pintura de labio en el cuello de la camisa de Opa y rajó la camisa y lanzó los trozos por la ventana gritando—¡No voy a lavar camisas de puta!—. Una vez Opa manejó tan borracho por la carretera que tía Ilde pensó que los postes de luz se doblaban. Opa tuvo que orillarse para vomitar.

Ma dice que esas eran otras épocas. No le gusta cuando tía Ilde echa esos cuentos. Cuando Pa estaba vivo, Ma se quejaba y le preguntaba por qué no podía ser más detallista, como Opa, quien llegaba a casa con chocolates para sus hijas, y con tortas empastilladas para los cumpleaños de sus nietos; quien sorprendía a Oma una noche cualquiera con un ramo de flores o la sacaba a bailar en el sótano de la casa después de cenar mientras Ma y tía Ilde los miraban, escondidas, desde las escaleras. Para Ma, Opa siempre será el más caballeroso, el más detallista.

Ma siempre decía que para los velorios uno se viste de negro por respeto al muerto. Ma dejó de ir a velorios después que murió Pa. Antes de eso, para los velorios, Ma se vestía de negro. Se ponía tacones, collar de perlas y perfume. Pero para el velorio de Opa, Ma se quedó con la misma camisa azul y pantalón blanco que se puso esa mañana; le tocó todo el papeleo y nunca tuvo chance de volver a casa a cambiarse.

Los de la funeraria vistieron a Opa con su traje azul. El negro no estaba listo y Ma y tía Ilde le buscaron el más oscuro que tenía. Con el ataúd abierto hasta la mitad, nada más le podíamos ver la chaqueta, la corbata y la camisa. No podíamos saber con certeza que tenía puesto pantalones; ni siquiera podíamos saber si le pusieron los zapatos de vestir o si los de la funeraria se los robaron. Teníamos que imaginar sus piernas ahí, reposando bajo la madera. Para efectos de nosotros, podría ser un sireno.

Más de una vez, cuando Opa ya no podía levantarse de la cama, Ma me mostraba la cicatriz que Opa tenía en la canilla. De niño, Opa había estado ayudando a cargar bombas cuando una explotó relativamente cerca y una astilla se le incrustó en la canilla. No se dio cuenta hasta después, cuando sintió la bota encharcada de sangre.

Las piernas de Opa estaban repletas de pecas y manchas de sol. Apenas Ma me mostraba la cicatriz, se me volvía a perder.

En el ataúd, lo único que todavía se parecía a Opa era su pulgar. De cerca, todavía se le veía la mancha amarillenta que le salió en la yema por sujetar las pastillas por mucho tiempo antes de tragárselas.

A Ma le encanta decir que su pulgar es igualito al de Opa. Sí se parece, sobre todo en la media luna blanca en la base de la uña.

El carro de Opa era un Lincoln Continental verde militar. Tenía asientos de cuero bien suaves y siempre olía a pan recién horneado. En su mesita de noche, siempre tenía una manzana que le gustaba comerse antes de acostarse. En la gaveta, guardaba una tableta de chocolate negro. Cuando Opa aún no había llegado del trabajo, y nosotras todavía estábamos allí después de tomar el café de la tarde, yo me metía en su cuarto, abría la gaveta y agarraba un cuadrado de chocolate. Opa nunca decía nada. Era nuestro secreto.

La semana antes de que Opa muriera, tomamos café en la terraza de Oma. Ma y la enfermera ayudaron a Opa a sentarse en su silla de plástico y le metieron una toalla en el cuello de la franela como un babero. Opa, como siempre, tenía el peine en el bolsillo de su camisa. Ya

no podía peinarse sólo pero seguía tocándose el pecho para asegurarse de que el peine seguía ahí. Ma le cantaba canciones de Elvis Presley y Julio Iglesias, las que le gustaban, y le agarraba las manos y se movía como si estuvieran bailando. A veces, Opa se acordaba de las canciones y tarareaba. Pero esa tarde, Opa mayormente miraba el árbol de aguacate y luego intentaba quitarse telarañas invisibles de las piernas con manos temblorosas, perdido en un mundo que nosotras no veíamos.

Cuando era hora de la cena, Ma y la enfermera lo subieron al cuarto. La enfermera tomó su brazo izquierdo y Ma guió su mano derecha sobre el riel de la escalera mientras le hacía soporte por detrás. Ma contaba sus pasos: uno... dos...

Unos meses antes, Opa le hubiera gritado—¡Coño, Heidi! ¡No me empujes!—. Pero esa noche solo murmuraba—ay... ay... ay...

Me quedé en la terraza con Oma y tía Ilde, viendo mi celular mientras Ma le daba de comer. Cuando Ma bajó con la bandeja y el plato de sopa medio lleno, me dijo que me fuera a despedir de él.

Encontré a Opa acostado en su lado de la cama. La lámpara iluminaba el pequeño reino de pastilleros y vasos de agua en su mesita de noche. La enfermera estaba sentada en una silla de plástico del otro lado de la cama para ver mejor la televisión. Con almohadas, habían enderezado a Opa para que pudiera ver la televisión también, aunque si Opa fuera realmente Opa estuviera viendo béisbol y no un show de comedia. Pero Opa no parecía estar viendo la TV sino la pared tras ella. Cuando se perdía así, o nos llamaba por nombres de personas ya muertas, o nos hablaba en un alemán que solo él entendía, me preguntaba si había vuelto a ser aquel niño que vivió inviernos fríos y remotos. Me lo imaginaba con cachetes gorditos y boina, como me imaginaba a los niños de la Segunda Guerra, atravesando lomas de nieve para ir a la estación de tren a esperar

a ver si su papá regresaba del campo de batalla, como lo hizo por tres años hasta que finalmente regresó.

Me senté en la silla donde Ma le daba de comer. Tomé su mano, pecosa y áspera, y me incliné para darle un beso.

—Chao, Opa.

Me apretó la mano.

Cuando me alejé, vi que me buscaba la mirada. Parecía estar mirándome—mirándome de verdad.

—Ah, no. No llores. Mira que vuelvo mañana.

—Tienes que ser fuerte, chiquita.

Me quedé sin habla. No sé si sabía que era yo o si pensaba que era tía Ilde o Ma.

—Tienes que ser fuerte—repitió y me apretó la mano más fuerte.

Se le aguaron los ojos. Se me aguaron los ojos a mi también. Lo abracé.

En la televisión, el público del show de comedia se rió.

—No te preocupes—le dije. —Yo vengo mañana con Ma ¿okey?

Le di un beso en la mejilla, áspera pues no lo habían afeitado. Me paré y me di la vuelta antes que la enfermera me viera llorar. Ella tomó mi lugar en la silla.

—Los ojos me pican—dijo Opa, buscándola.

—Sí—dijo la enfermera. Con el paño que tenía Opa de babero, le limpió las lágrimas.